Dirección General:
Barranco, Unión 208 (Perú)

BALNEARIOS

Administración:
Barranco, Unión 208 (Perú)

SUSCRICION
Al mes.....S. 0.40
Al trimestre adelantado..... „ 1.00
Números sueltos (cada uno)..... „ 0.10

PUBLICACION SEMANAL DE CHORRILLOS, BARRANCO Y MIRAFLORES

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, DEPORTES Y MODAS

PUBLICACIONES:
En la sección «Diversos» la línea..... S. 0.05
Id «Preferencia» id..... „ 0.10
Id «Personal» la columna..... „ 10.00

Año VII | Domingo 19 de Mayo de 1918 | Núm. 363

BIBLIOTECA NACIONAL PERÚ
Departamento de Revistas y Periódicos
LIMA-PERÚ

DESGLOSES DE ACTUALIDAD

Un día, Micromegas.....

Un día, Micromegas, que desde lo alto de una de las estrellas donde vive paseaba su penetrante mirada á través de los mundos, la detuvo un instante sobre los corpúsculos animados que se agitan en la superficie del planeta Tierra.

Y les compadeció.

Esos átomos infortunados se ven atacados constantemente por innumerables enemigos. Su existencia es pasajera y en ella se amontonan los dolores: tienen que sufrir enfermedades, la vejéz, la muerte, y vicios tenaces que les ocasionan torturas físicas y morales y les devoran. Y además, no comprenden nada de la inmensa máquina que les aplasta, y en ella se agitan atontados, ciegos é impotentes. Necesitan materias alimenticias, y sufren de hambre en cuanto carecen de alimentos. La lluvia, la nieve, los vientos, el frío y los calores tórridos, hacen de su minúsculo globo una playa inhospitalaria en la cual no es posible vivir hasta después de haber construído abrigos y fabricado vestidos.

Su suerte es verdaderamente lamentable. y Micromegas, en un principio, y al ver tanta angustia, se sintió enternecido.

Sin embargo, al seguira de cerca las evoluciones de esos seres diminutos, no tardó en descubrir algo muy singular.

Con efecto, esos organismos humanos se atribuyen una inteligencia capaz de escoger entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, entre la felicidad y el infortunio. Y á pesar de todo, han elegido el mal en lugar del bien, lo injusto en lugar de lo justo, y el infortunio en lugar de la felicidad.

En lugar de unirse contra los males que podrían vencer, en lugar de disipar, unificando sus esfuerzos, la ignorancia que por todas partes les envuelve, y en lugar de romper la sombría bruma donde lloran, han imaginado que sus verdaderos enemigos no son otros que sus compañeros de miseria. Y en vez de asociarse han peleado y se han muerto. Se han coaligado, por grupos, y no contra el adversario común, sino contra otros grupos fraternales. Han empleado todos sus esfuerzos para perderse para destruirse, para enviarse de un lado y de otros odios, injurias y calamidades. Han usado de todo su ingenio para hacerse el mayor daño posible, y su principal ocupación consiste en preparar grandes matanzas. De este modo han añadido á los inevitables infortunios que dependen de su condición humana, infortunios nuevos de su invención, y de los que se muertran muy orgullosos: de manera que han acumulado lágrimas sobre lágrimas, miserias sobre miserias, dolores sobre dolores.

Y Micromegas se preguntó si la inteligencia de que los átomos humanos se envanecen tanto, no parece más bien imbecilidad. Porque verdaderamente, si los hombres hubiesen querido aumentar la intensidad de los males naturales de que sufren, no hubieran podido inventar nada mejor que la organización de sus sociedades guerreras.

Desde hace tres mil años pretenden haber salido de la barbarie, y sin embargo, desde hace tres mil años no han hecho más que desarrollar esa idea triunfante, que el adversario del hombre es el hombre, y que no hay ley más imperiosa para el hombre que la lucha brutal contra su hermano. Todo lo demás importa poco. Las enfermedades no son nada: los vicios no son nada; la ignorancia no es nada y el dolor no es nada. El enemigo implacable y temible es el compañero terrestre. Antes que otra cosa es preciso armarse contra él y combatirle. Y ante ese gran deber, todo palidece.....

Y Micromegas, habiendo conocido la larga aberración de esos pobres animalitos, les compadeció aún, pero en su piedad se mezcló un poco de desdén.

CHARLES RICHET

NUESTROS POETAS

Pedro S. Zulen

ROMÁNTICA

—¿Qué es amor?—Pregunta á aquél que vive
qué es vida. Pregunta
á aquél que adora que
es Dios.

SHELLEY

Te vi
y me miraste,
tu alma bebí.

Hallaste
el eco enmudecido
del vencido
del dolor.

Te vi
y me miraste,
tu alma bebí.
Rimaste
perdida arcanamente
en silente
soñación.

Te vi
y me miraste,
tu alma bebé.
Brindaste
la flébil melodía
todavía
ilusión.

Te vi
y me miraste,
tu alma bebí.
Lloraste,
lloraste ensordecida,
¿por qué será la vida
así?
Y de inquietud ungida
veniste á mí
Tus ojos húmedos vertieron
misterio y dulzor,
y tus labios se estremecieron
en un ósculo de amor.....

OCASO

En el fondo del espacio los tapices
se presentan en un lienzo singular,
y el cielo se colora de matices
tan variados que invitan á pensar.

Un artista invisible—muy calmado
que parece—que comienza á matizar,
apantalla con el bruno naranjado,
recubriendo tan altiva tez solar.

Los vaivenes del techado vespertino
me trascriben celestiales simbolismos,
y la noche se avecina sin albor.

Los relieves borronéanse de angustia,
bambolea al horizonte la penumbra
y se agita muy beodo el resplandor.

SOÑABA.....

Soñé que me hallaba contigo
y que oprimías tu rostro en el mío.
Febriles tenías las manos,
pero tus ojos estaban divinos.

Me diste los labios eternos,
como los días ilusos y tiernos
allá en la plácida selva
cuando la vida volaba de ensueño.

Aquellos instantes furtivos
que revivieron amores perdidos,
un algo sutil nos unía,

idealidad de las almas henchidas,
fervor de supremo latido.....
Pero soñaba, estaba dormino.....

César E. Ferreyros

REMEMBRANZA

Qué será de mi bella de los rizos castaños,
De mi niña adorada, de mi primer amor?
¿Qué terribles tormentos, qué crueles desen-
(gaños
Hacen que de la ausencia suframos el rigor?

¿Por qué nos separamos inusitadamente?
¿Acaso me hizo daño con alguna traición?.....
Si mia f ó la causa la cometí inconsciente
Y si de ella, la ofrezco generosa el perdón!

¡Qué vuelva, pués, como antes, femenil en sus
(ansias,
Loca en sus arrebatos, divina en su rubor,
La dicha comprendida sin crueles discrepan-
(cias
Y en un perpetuo anhelo, de una vida mejor!

DECEPCIÓN

¡Por fin la hallé! Estaba en la ventana
¡Qué macilento el rostro y qué sombría
La expresión de sus ojos! Parecía
Una esfijie espectral mi provinciana.

Su voz no era la voz con que mil veces
Despertara mi fé, ni su sonrisa
Era el parlero gesto que electriza;
Sino una mueca cruel.....Las morbideces.

Esas que despertaran mis pasiones
Y esprimieran mi loca juventud,
Solo eran incoloros canjilones.

Que ofendían mi estética virtud.....
Y pensando en lo vano de un cariño.
Yo me alejé llorando como un niño!

Chorrillos—1918.

EL CUENTO DE ESTE NÚMERO

El Retrato

La noche estaba oscura y sofocante. A pesar de los ventiladores el salón del «París» abrasaba y dejando que la señorita del piano prosiguiera sus valses, salimos con Kelvin á la tordilla de popa. No había viento, pero la marcha del buque traía de proa bocanadas de aire Muy lejos, al Oeste, el destello de Buenos Aires aclaraba el cielo, y de vez en cuando los arcos de la Dársena fosforecían aún á flor de agua.

Nos recostamos á la borda. Sin quitar el montón de la mano, veíamos ahogarse uno á uno los puntos eléctricos. El resplandor lechoso del horizonte se iba hundiendo lentamente, y á la izquierda, en semisírculo, el cielo iluminado de Quilmes y de La Plata se apagaba también.

Había en ese paisaje nocturno vasto teatro de ausencia, fuera de la melancolía inherente al abandono de un lugar cualquiera, que por ese solo hecho, nos parece ha interesado mucho nuestra vida. Pero cuando se ha charlado dos horas sobre disociación de la materia, y se ha pensado un rato en el actual concepto del éter: *un sólido sin densidad ni peso alguno*; después de ese desvarío mental, los paisajes poéticos adquieren rara fisonomía.

En efecto, yo leía entonces el curioso libro de Le Bon: «La Evolución de la Materia» Había visto en él cosas tan peregrinas como la antedicha definición del éter, y el constante aniquilamiento de la materia que se desmenuza sin cesar con tan espantosa violencia, que sus partículas se proyectan en el espacio con una velocidad de 100 mil kilómeros por segundo. Y muchas cosas más.

Le Bon prueba allí, ó pretende probar, que la incesante desmaterialización del radio es general á todos los cuerpos. De donde, millones de siglos más ó menos, la materia volverá á la nada de que ha salido.

Se comprende así que la negra noche, y el último destello sobre el horizonte de las ciudades muertas, nos provocan ideas concomitantes de inutilidad, aniquilamiento irreparable y tumba en el eter.

Tanto más fácil nos era eso cuanto que Kelvin conocía el libro de Le Bon. Su apellido, desde luego, me había llamado la atención, á mí que salía de Buenos Aires muy intrigado con la «Evolución de la Materia» Lor Kalvin, uno de los más ilustres físicos contemporáneos, es quien en efecto ha dado la extraordinaria definición del éter sideral é interatómico: «es un sólido elástico, sin densidad ni peso, que llena todo el espacio».

—¡Rudyard Kelvin! —había esclamada yo al oir su nombre en la mesa. (La casualidad nos había sentado uno al lado del otro). Permítame la indiscreción: sería usted pariente de Kelvin, el célebre.....

—No, señor—me respondió.—Mi familia es inglesa, y aún de la misma ciudad que mi sabio homónimo; pero no tengo parentezco alguno con él.

Supe así que mi nuevo conocido, educado en Inglaterra, vivía en Buenos Aires desde 10 meses atrás. Pero en el trascurso de la charla científica me cupo saber otras cosas.

Entre los mas curiosos experimentos de Le Bon, me había interesado acaso en mi condición de antiguo aficionado á fotografía el hecho de que un cuerpo expuesto un momento al sol, y colocado en plena oscuridad sobre una placa sensible, la impresiona. Aún más: si se interpone un grueso papel negro entre el objeto y la placa, la reproducción fotográfica es igualmente nítida.

—Recordé el fenómeno, agregando que sentía no trabajar más en eso, pues me hubiera agradado constatarlo.

—Y lo había constatado—respondió Kelvin —es perfectamente fácil.

—Sin embargo.....

—Sí, ya sé lo que va usted á decir: no es regular el fenómeno, no siempre se produce. A mí.....

Y se calló.

—¿Qué?—pregunté.

—Nada—repuso brevente cambiando de postura. Tengo recuerdos no alegres de esas cosas.

Lo miré entonces con curiosa indiscreción, Seguramente Kelvin dominaba el asunto.

—Pero usted ha investigado mucho en eso —insistí.

—Mucho. Hasta hace seis meses.....Realmente hace mucho calor; tal vez se levante temporal.

Era muy posible que el temporal se levantara; pero era también evidente que mi interlocutor había sido tocado en lo vivo por esos asuntos. ¿Qué relación podía haber entre tan gran pena y un mísero cuerpo asoleado? No me era ciertamente sencilla la solución, y aún mi curiosidad no fué grande. De modo que en el trascurso del viaje, y durante la charla posterior, no me acordé más ne Le Bon, la materia disociada y Lord Kelvin. Nos separamos al día siguiente al desembarcar en Montevideo.

Pero á pesar de todo, la impresión de aquel incidente debe de haber sido duradera en mí, porque un mes más tarde y de nuevo en Buenos Aires, me mostré muy curioso al hallar á una persona que conocía un poco á Rudyard Kelvin. Supe que mi amigo de una noche había envestigado hondamente lo que llamaríamos magia negra de la luz; rayos catódicos, rayos X, rayos ultravioleta y demás. Por otra parte, Delvin había perdido á su novia 2 años antes.

Como en otra ocasión, no pude hilvanar lógicamente la muerte de su prometida con la radioactividad de una piedra asoleada. Hasta que cuatro meses después la casualidad nos reunía de nuevo á bordo del «París», esta vez de regreso de Montevideo.

Lo ví cuando concluimos de comer, é iguales circunstancias de represión y calor sofocante nos reunieron otra vez en la toldilla. Igual negra calma silenciosa, é igual vasto panorama de ausencia en esa nocturna huída en vapor. Montevideo aclaraba también el cielo sobre el horizonte, y la melancolía de otro momento tornaba á recostarme en la borda.

Y supe la historia. No sé si inspiré á Kelvin esa confianza ciega que suele arrancarnos de golpe un individuo al que apenas conocemos, por un detalle cualquiera, el modo de mirar, la manera de cerrar los labios, la brevedad de una respuesta. Acaso haya influído también el te ó wiskhy que en la raza inglesa remedia á tan alto grado la depresión atmosférica. Su tensión sentimental puede haberlo justificado. De todos modos Rudyard Kelvin me hizo el honor de contarme este extraña historia.

—«¿Usted quedó intrigado la primera vez, con los fenómenos de sotografía de qne hablamos, no es cierto? Y sobre todo porque le había hecho entrever un drama en todo eso, ¿no es verdad también? ¡Sí, sí Usted quiere saber por qué y cómo la placa sensible.....Oigame: Yo habitaba entonces en Epsom, y desde que había llegado de Londres vivía huroneando sombríamente entre bobinas, pantallas de sulfuro y espectroscopios. Creo haber sido de los primeros en observar el fenómeno de emisión de rayos especiales en los cuerpos asoleados. Pasé días enteros en la oscuridad impresionando placas, sin otro resultado que constatar la irregularidad del fenómeno, como le dije la otra vez. Le Bon abandonó por igual motivo.

No era eso solo. Vea, aquí entre nosotros... ¿ve? Si tuve tres meses los dedos ulcerados... Son los rayos X. Después, una tarde.....¿No le he dicho nada aún? Ye tenía una novia....., Edith. En fin.....Usted sabe como se quiere á la novia ¿No es eso?

Una tarde el automóvil volcó. Se rompió las dos piernas, justamente las dos piernas, los dos muslos por el medio.....Pasé tres días como un loco, llorando rabiosamente sobre mis puños. Al principio hubo esperanza; despues sobrevinieron las cosas de siempre, falta de reacción, arterias, ¡qué sé yó! Lo que le puedo asegurar es que me enloquecía verla.....Y fíjese: ¡los dos muslos rotos! Muriéndose y mirándome sin cesar.....la novia de uno, ¿no es verdad?

Luego.....No me separaba casi un momento de su lado.....Y no miraba sino á mí.....No podía hablar. Pero esa mirada dilatada, fija siempre en mí, sin ver á sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie.....¿Ud. comprende?

Al morir habló.

—¡Rudyard!—me dijo—quiero morir sola contigo.....

¡Su voz, ronca! .....Usted ha oído esa ronquera de la voz cuándo se muere, y nos llaman pesadamente, insistentemente con esa voz.....

—¡Rudyard!—morir contigo!.....

¡Ah! Y nadie más existía fuera de mí.....Se fueron todos, y quedé con ella en mis brazos.....

Bueno; ya le he dicho como murió. Entonces lisa, cabal y llanamente decidí matarme. Pero eso se vé, ¿no es cierto? se ve en seguida en la cara de uno. El padre me recordó que yo, antes que todo, era hombre. ¡Sí, lo sé! ¿Pero qué haría sin ella.

Júreme que resistirá siete días.—me dijo Se lo prometí. Pasados los siete días había